

15426

Febrero 19/74

EL TEATRO,
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA
COLEGIALA,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA,

LETRA DE

D. ALEJANDRO RINCHAN,

MÚSICA DE

DON JUAN MOLLBERG

TERCERA EDICION.

1349

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ, -40, -2.º

—
1874.

L47 - 6465

ELI SEAYTON

COLLECTOR OF BONES ORNITHOLOGICAL LIBRARY

11

COLLECTA

LIBRARY OF THE MUSEUM OF COMPARATIVE ZOOLOGY

OF HARVARD UNIVERSITY

NEW YORK

TRINITY COLLEGE

1887

ALBANY, N. Y.

W. H. BROWN

PRINTED

247-6465

55-6

LA COLEGIALA,

ZARZUELA EN UN ACTO,

LETRA DE

D. ALEJANDRO RINCHAN,

MUSICA DE

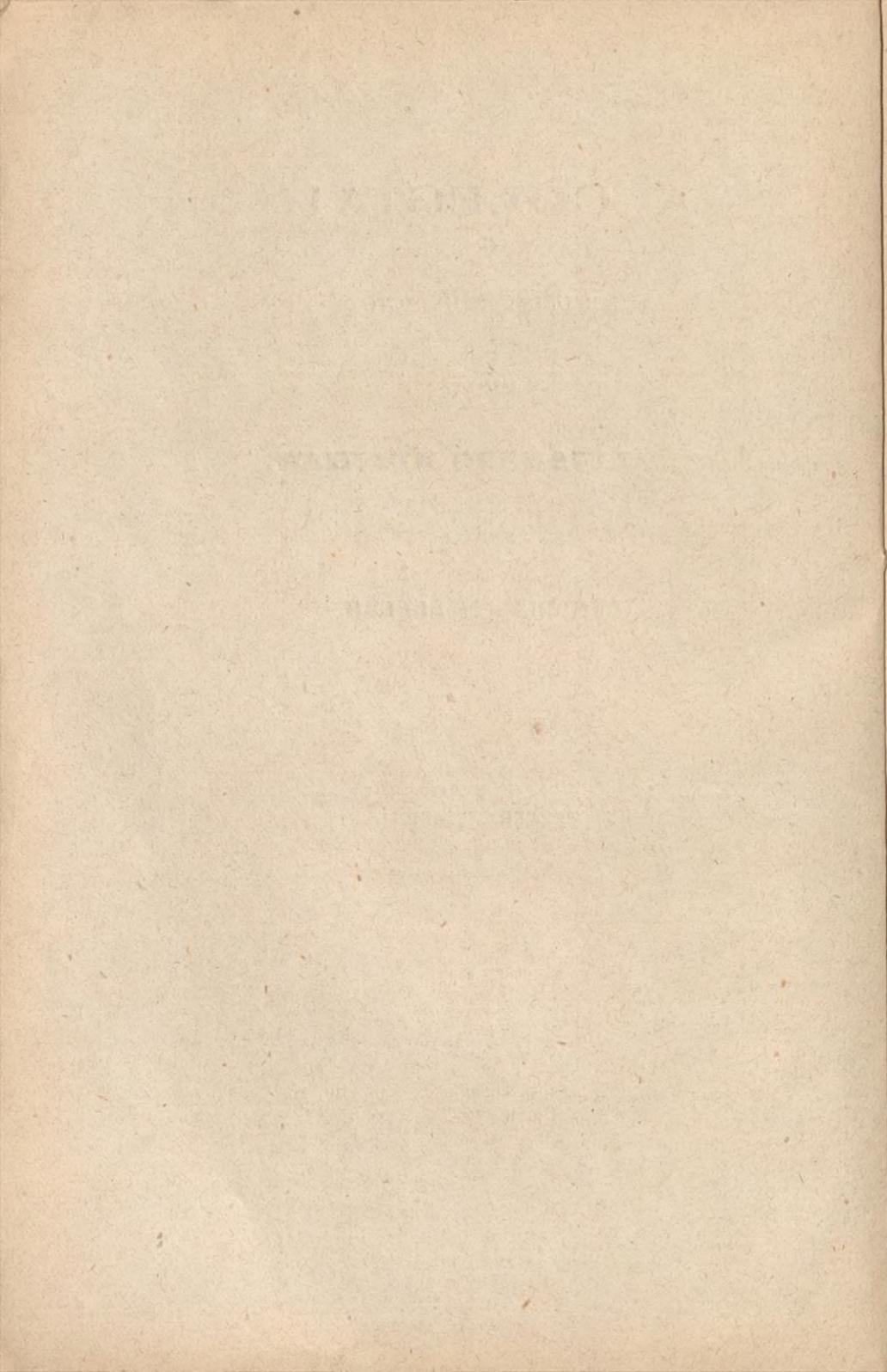
DON JUAN MOLLBERG.

TERCERA EDICION.

José Rodríguez

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.



A LA SEÑORITA

Doña Amalia Ramirez

Los autores.

PERSONAJES.

ACTORES.

AURELIA.....	DOÑA AMALIA RAMIREZ.
DOÑA OLIMPIA DE PERALES.	DOÑA LAURA GARCÍA.
PETRA.....	DOÑA MATILDE AYTA.
D. EMETERIO.....	D. MARIANO FERNANDEZ.
ALFREDO.	D. RICARDO MORALES.
UNA PASANTA.	

La escena en Madrid, en nuestros días.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de Doña Olimpia, con puerta al foro, otras dos á la derecha, otra en primer término de la izquierda, y ventana en el segundo. Delante de esta un piano, sobre el cual se hallarán cuadernos de música y un trombon. Á la derecha de la puerta del foro, una consola con espejo y reloj de sobremesa. Á la izquierda un biombo, formando escuadra por delante de la segunda puerta lateral. En el proscenio del mismo lado, un costurero con labor. Rico mueblaje del día.

ESCENA PRIMERA.

PETRA, y luégo DOÑA OLIMPIA.

- PETRA. (Atravesando muy despacio la escena de derecha á izquierda, con un sombrero de señora en una mano y leyendo.) «LOS hombres que llevaban á Edmundo Dantés...» (Campanillazo en la izquierda.)—¡Cachaza!—«Se detuvieron en la plataforma...» (Campanillazo.)—¡Firme!—«En la plataforma del castillo de If...»
- OLIMPIA. (Dentro primera puerta izquierda.) ¡Petra! ¡Petra! (Saliendo.) ¡Petra!
- PETRA. (Ocultando el libro.) ¿Señora?
- OLIMPIA. ¿Quieres burlarte de mí, trastuela?
- PETRA. ¿Yo?... Si ya venía... (Le da el sombrero.)
- OLIMPIA. (Poniéndoselo.) Sin duda te has propuesto hoy probar mi paciencia.
- PETRA. ¡Ave María! No parece si no que hay fuego en casa.
- OLIMPIA. ¿Cómo se entiende?...
- PETRA. No para usted de gruñir.
- OLIMPIA. ¡Insolente! Fuera de mi casa.
- PETRA. (¡Sí: ya baja!)
- OLIMPIA. Al momento.
- PETRA. ¡Señora! Acuértese usted de mi madre, que la sirvió

tan fielmente en Valladolid, cuando...

OLIMPIA. Nada escucho.

PETRA. Cuando trataban ustedes en cerdos, con perdon sea dicho.

OLIMPIA. ¡Calla, desgraciada!

PETRA. Cuando no se la conocía á usted por la señora de Perales, sino por...

OLIMPIA. ¡Silencio! ¡Por favor, no pronuncies ese nombre ridículo! ¡Calla por Dios!

PETRA. (Segura estaba yo de amansarte.)

OLIMPIA. Yo tengo un pronto... pero en pasándose, no me acuerdo de nada: Vamos, tráeme el abanico. (Váse Petra.) Capaz sería esa perinola de divulgar el nombre de mi difunto. ¡Oh! en breve, esposa de Alfredo, haré olvidar ese apellido tan...

PETRA. (Volviéndose con el abanico.) Tome usted, señora.

OLIMPIA. Muy bien. Si viene á alguien que no vuelvo hasta las tres. (Váse.)

PETRA. Anda con Dios. Á ver si una vez puedo salir de dudas sobre el paradero del pobre Dantés. (Hojea el libro.) Es que está insufrible mi señora con sus pretensiones de instruirse, y sus maestros... y sus... ¡Á buena hora! Á la vejez viruelas.—¡Ah, j! Aquí está, no sosiego hasta saber qué le sucedió al bueno de Dantés. Toda la noche he soñado con él. (Se sienta y lee.) «Se detuvieron en la plataforma del castillo de If, buscaron una cuerda...»—¡Ay! ¡Dios mio! ¿Qué irán á hacer con él?—«Buscaron una cuerda...» (Campanillazo en el foro.) ¿Otra te pego? Algo se le ha olvidado. (Campanillazo.) Hasta que se te caiga la mano. (Va á abrir y se detiene.) ¡Pero! No puede ser la señora... se ha llevado el picaporte...—«Buscaron una cuerda...» (Campanillazo.) ¡Caramba! (Gritando desde el foro.) La señora ha salido.

ESCENA II.

PETRA, AURELIA y la PASANTA.

AUR. (Dentro.) ¡Abre, Petra!

- PETRA. ¡Calla! ¡Si es la señorita Aurelia! (Sale y vuelve con Aurelia y la Pasanta.) ¡Cómo! ¿usted en Madrid, señorita?
- AUR. Sí, Petra: ¿y mamá? ¿Dices que ha salido?
- PETRA. No hace cinco minutos.
- AUR. (Me alegro.) (Á la Pasanta.) Usted ha cumplido su misión de entregarme sana y salva en mi casa. Petra se encargará de la carta de la señora directora para mamá. (La Pasanta entrega una carta á Petra y se retira acompañada de Aurelia, quien le dice.) Feliz viaje, señora: mil cosas á mis compañeras, y que ya saben cómo se recobra la libertad. (Váse la Pasanta.)
- PETRA. Y la señora, que no me había prevenido que debía usted llegar...
- AUR. Ya lo creo: como que no me espera. Pero hablemos de otra cosa, Petrilla. Dime, ¿conoces á Alfredo de la Peña?
- PETRA. Mucho que sí.
- AUR. ¿Le ves con frecuencia?
- PETRA. Todos los días.
- AUR. Y mamá... ¿qué tal le recibe?
- PETRA. Perfectamente. Si no sabe hablar más que de él. ¿Y usted conoce también á ese señorito?
- AUR. ¿Yo?... un poco.—¡Ay, Petra!
- PETRA. ¿Qué hay?
- AUR. Si supieras...
- PETRA. ¿Qué?
- AUR. Sí, es preciso que lo sepas.
- PETRA. ¡Pues vamos!...
- AUR. Ese joven...
- PETRA. ¿Don Alfredo?
- AUR. Es...
- PETRA. Adelante.
- AUR. Es mi novio.
- PETRA. ¿Qué escucho? ¿Quiere casarse con usted?
- AUR. Sí, Petra.
- PETRA. ¿Y dónde le ha conocido usted?
- AUR. En Valencia. Nos habíamos visto varias veces en la

iglesia; y una mañana que me paseaba sola en el jardín del colegio, apareció en un balcon de la casa de enfrente y me tiró una carta en que me decía que me amaba, y que quería casarse conmigo.

PETRA. ¿Y usted le contestó?

AUR. Por supuesto. Alfredo tenía que volver á Madrid á concluir su carrera de abogado; le aconsejé que procurase introducirse en casa y captarse la voluntad de mamá, prometiéndole ingeniarle para salir del colegio, en cuanto él me avisase que ya era tiempo. Yo esperaba con impaciencia ese aviso, pues me estaba muriendo de tristeza; y eso que en cuanto Alfredo se ausentó, hice otra conquista.

PETRA. ¿Otra? ¡Señorita!

AUR. Pero no debe inspirarle celos; porque es un vejestorio gordinflon... ¡y tan feo, tan feo!

PETRA. ¿Feo?

AUR. ¡Horroroso! Me seguía á todos los paseos, haciéndome mil muecas y guiños. ¡Já, já, já! Debe estar desesperado si ha sabido mi salida del colegio. Él se consolará. —Por fin, anteayer recibí el aviso que tanto deseaba. Oye lo que me dice Alfredo. (Lee.) «El sábado llegará usted á Madrid. ¡Ay, Aurelia! Siento que me sería imposible dominar la emoción que experimente al escuchar su voz por primera vez, y conviene evitar que su mamá descubra que estábamos de acuerdo. Procure usted por lo tanto que Petra, que la quiere mucho, me franquee la puerta de la escalera secreta, y nos proporcione una entrevista ántes de tenerla en presencia de su mamá. Iré á la una, etc., etc.»—Ya lo has oído, Petrilla.

PETRA. ¡Bien! Se hará lo que desea. ¿Pero cómo ha podido usted lograr el consentimiento de la señora para regresar á Madrid?

AUR. ¿Su consentimiento? Me lo ha rehusado. Pero ya lo tenía yo previsto, y en cuanto recibí la carta de Alfredo, revolucioné el colegio, armé un verdadero pronuncia-

miento, por lo cual me han expulsado, y héteme aquí.

PETRA. Bien hecho.

AUR. No, que me estaría allí fastidiando, mientras aquí me esperaba la felicidad.

CANTO.

AUR. Ausente de mi Alfredo
gemía el corazón,
y dije, ¡fuera miedo!
¡No más educación!
Ingenio y osadía
me dieron libertad,
que odiaba el alma mía
aquella soledad.

PET. ¡Partida fué serrana!
¡brava, bonita!
Ya veo que no es rana
mi señorita.
Mas no me espanto:
en su lugar yo hubiera
hecho otro tanto.

AUR. Conque Petra, tú te encargas
de aplacar á mi mamá.

PETRA. No hay cuidado, que aunque truene,
el chubasco pasará.

AUR. Me dá pesar
causarla enojo;
pero es antojo
raro y cruel,
á una doncella
que tiene amante,
tener distante
de su doncel.

PETRA. ¡Estrambótica manía!

Es inícuca tiranía,
y despótica y horrible
pretension:
más que estudios y labores,
le deleitan los amores
á una niña de sensible
corazon.
Y la paloma
que, cual murmullo,
lejano arrullo
pudo escuchar;
como en el nido
sola se vea,
salir desea
del palomar.

AURELIA.

Me dá pesar
causarla enojo;
pero es antojo
raro y cruel,
á una doncella
que tiene amante,
tener distante
de su doncel.

PETRA.

No os dé pesar
causarla enojo,
porque es antojo
raro y cruel,
á una doncella
que tiene amante,
tener distante
de su doncel.

HABLADO.

AUR. (Campanillazo.) Ya está ahí... yo me escapo. ¡Por Dio s.
¡Petra! (Huye por el foro izquierda.)

PETRA. No tema usted. De mi cuenta corre... (Sale á abrir
vuelve con D. Emeterio.)

ESCENA III.

PETRA. D. EMETERIO.

EMET. ¿La señora de Perales?

PETRA. Ha salido, caballero, y no volverá hasta las tres.

- EMET. (Sacando el reloj.) Pse... Dos horas y media pronto se pasan... La vida es tan corta... La esperaré.
- PETRA. (¡Pues alabo la cachaza... ¿Habré cometido yo una imprudencia? ¡Bah! tiene traza de bonachon...—Voy á tranquilizar á mi señorita.) (Váse.)
- EMET. (Sentándose.) ¡Qué cansado estoy!—Y dígame usted, niña... ¡Calla! pues se ha marchado... ¡Ah, ya! Habrá ido á prevenir á Aurelia... ¡Qué sorpresa la voy á dar! Me ama, no hay duda. ¡Si no podía disimular el gozo que experimentaba al verme! ¡Qué ganga! En cuanto supe que se había hecho expulsar y venía á disfrutar el sol de Madrid, yo no quise quedarme á la luna de Valencia, y corrí en pos de ella. Llego y tomo informes de la portera, quien me asegura que la que busco acaba de entrar, y que su madre acaba de salir. ¡Qué ganga!—¡Está visto, soy un Tenorio! ¿Pero dónde diablos está, que no parece? ¡Cómo palpita mi corazón! (Abre con timidez la puerta derecha y mira atentamente al interior.)

ESCENA IV.

D. EMETERIO, DOÑA OLIMPIA.

- OLIMPIA. Se me había olvidado el anuncio que mandé al Diario. ¿Habrá venido alguien durante mi ausencia? Voy á preguntar... (Se quita el sombrero.)
- EMET. Se conoce que no está por este lado. (Se va á dirigir á la izquierda á tiempo que Olimpia vuelve la vista á la derecha, y apercibiéndose, ambos quedan sorprendidos.)
- OLIMPIA. (¡Un hombre aquí!)
- EMET. (¡Uy, la madre! ¿Qué diablos le diré?)—Es la señora de Perales á quien tengo el honor...
- OLIMPIA. Yo soy en persona, caballero.
- EMET. (¿Qué diablos le digo?...) Señora, me he tomado la libertad... de esperar á usted... para... (No sé qué decirle.)
- OLIMPIA. Tome usted asiento, caballero.
- EMET. Mil gracias.
- OLIMPIA. Conque decía usted...

- EMET. ¡Ah! Sí... decía... (No sé lo que decía. ¡Oh! pretextaré que he visto anunciada una almoneda.)
- OLIMPIA. Siga usted.
- EMET. Señora, todas las mañanas despues de tomar el chocolate, acostumbro á leer el Diario de avisos.
- OLIMPIA. Muy bien hecho. Pero no comprendo...
- EMET. Hoy he visto un anuncio...
- OLIMPIA. ¡Ah! ya caigo .. ¿un anuncio en que se piden profesores de todas las ciencias y artes?
- EMET. Exactamente. (Lo mismo dá.)
- OLIMPIA. Yo lo he mandado insertar. Y usted es probablemente...
- EMET. Sí... sí, señora. (Ya tengo pretexto. ¡Qué ganga!)
- OLIMPIA. ¿Profesor de?...
- EMET. Cabal; profesor de...
- OLIMPIA. Como no sea de dibujo ó de baile... porque esos ya los tengo.
- EMET. No, no, señora: no soy de dibujo ni de baile.
- OLIMPIA. ¿Es usted tal vez de canto?
- EMET. ¿Cómo de canto?
- OLIMPIA. Quiero decir si dá usted lecciones de canto, que es lo que más me urge.
- EMET. Precisamente esa es mi profesion. (De muchacho aprendí un poco el trombon.)
- OLIMPIA. Sírvase usted decirme los honorarios que acostumbra...
- EMET. ¡Oh, señora! Los que usted misma designe.
- OLIMPIA. Pues bien, no reñiremos por eso, como yo vea que progresamos.
- EMET. Progresaremos, señora, no lo dude usted.—¿Y cuándo damos principio?
- OLIMPIA. Ahora mismo. Siéntese usted al piano.
- EMET. Dispéñeme usted, señora. Debo advertir que uso un método especial. En mi opinion, el instrumento más conveniente para acompañar al discípulo, es el trombon.
- OLIMPIA. ¿El trombon?
- EMET. Sin duda; porque siendo este un instrumento... de viento... cuyo elemento... es nuestro aliento... y el fundamento... y aun el acento... y el pronunciamiento... de

la voz humana...

OLIMPIA. Bien, bien; como usted quiera: no perdamos tiempo.

EMET. Es el caso...

OLIMPIA. Qué?

EMET. Que no he traído...

OLIMPIA. Si no hay otro inconveniente, aquí está. (Le presenta el trombon.)

EMET. ¡Cómo! ¿Tiene usted?...

OLIMPIA. Mi difunto lo tocaba.

EMET. (¿Cómo salgo yo de este pantano? No sé más que una cancion.)

OLIMPIA. (Trayéndole los cuadernos.) Escoja usted. Aquí hay obras de Rossini, Donizetti, Verdi, Bellini...

EMET. Dellini.

OLIMPIA. Bellini. (¡No sabe italiano!)

EMET. Dispénsese usted, señora; pero debo advertirle que mi método prescribe que se empiece por una melodía antigua.

OLIMPIA. ¿Y qué melodía es esa? ¿Es de Bethowen?

EMET. No, señora. Es... de un célebre maestro español, que ocultó su nombre por exceso de modestia.

OLIMPIA. Y cómo se titula?

EMET. El Desengaño. (Tararea.)

Cuántas veces tus labios de rosa...

OLIMPIA. Pues no hay duda que es fresquita. Mas no importa: voy á cantarla.—Á una.

Cuántas veces tus labios de rosa...

EMET. (Que habrá cantado con ella, en vez de acompañarla.) ¡Señora, señora! No lleva usted el compás.

OLIMPIA. Usted es quien me le hace perder, cantando en vez de acompañar con su trombon.

EMET. Pues voy á acompañarla; pero procure usted marcar bien.

CANTO.

OLIMPIA. (Canta acompañada al trombon por Emeterio, con un tono insufrible.)

Puede enamorar y brillar por galan y diestro. Huya usted de mí, vaya usted de aquí á llevar el arte y la música á otra parte.	Voy á declarar sin tardar que no soy maestro. Siento que nací, ¡ay de mí! niña, para amarte, y no puedo abandonarte.
---	--

HABLADO.

- OLIMPIA. ¿Y bien? ¿No entiende usted la indirecta?
- EMET. Pero, señora...
- OLIMPIA. ¿Se va usted... ó llamo á los criados?
- EMET. Es inútil. Basta ya de ficcion.
- OLIMPIA. ¿Qué significa?...
- EMET. Significa que yo no soy músico, señora, sino un propietario con cuatro mil duros de renta, y que he cometido la torpeza de fingirme artista, con el único objeto de poder entrar en su casa y conocer á usted. Ruego, pues, que me dispense...
- OLIMPIA. ¡Caballero! —(¿Y me he de enfandar porque se haya enamorado de mí? Eso es tan natural...) Sírvase usted tomar asiento y explicarse. (Coge una silla y se sienta.) Ya le escucho.
- EMET. Señora; era yo casi niño cuando marché á América, donde he hecho mi fortuna.
- OLIMPIA. (Cogiendo una labor.) ¡Calla! Tal vez haya usted conocido por hallá á un hermano de mi difunto.
- EMET. No, señora: no he conocido á ningun Perales.
- OLIMPIA. Mi cuñado se llama... (¡Diantre! Iba á pronunciar ese pícaro nombre.)
- EMET. En suma: yo soy rico; soy viudo, como usted es viuda, pero soy jóven todavía, y he pensado en contraer segundas nupcias.
- OLIMPIA. ¡Bien pensado! ¿y con quién?
- EMET. ¿No lo adivina usted?
- OLIMPIA. ¿Yo?... No, caballero. (¡Qué coqueta soy! Siempre lo fui.)

- EMET. Pues, señora, la que ambiciono por esposa es...
- OLIMPIA. ¿Quién?
- EMET. Su hija de usted.
- OLIMPIA. (Levantándose furiosa.) ¡Mi hija! ¡Cómo! ¡Mi hija!... ¿Pero usted está loco en querer casarse con una niña de su edad?
- EMET. ¿Pues qué edad tiene? (Se levanta y deja el sombrero en su silla.)
- OLIMPIA. Once años.
- EMET. ¡Once años!
- OLIMPIA. Ni más ni ménos. ¿No vé usted que le estoy bordando unos pantaloncitos?
- EMET. No; si no es esa... Hablo de la mayor.
- OLIMPIA. ¡Caballero! ¿Me toma usted por la tia Mil-hijos? Yo no tengo más que una niña. (Deja la labor en su silla.)
- EMET. ¿Que ha llegado hace media hora de?...
- OLIMPIA. No, señor; mi hija no ha llegado, ni debe llegar.
- EMET. Luego la que vengo siguiendo... la que...
- OLIMPIA. No es mi hija.
- EMET. ¡Ay, Dios mio! ¿Con que me ha engañado la portera? ¿He perdido su huella?... ¡Oh! pero yo la encontraré. La amo, la adoro, y... la necesito. Correré todo Madrid... preguntaré... registraré .. iré si es preciso á los antípodas. (Váse precipitadamente olvidando su sombrero.)

ESCENA V.

DOÑA OLIMPIA, PETRA, y luego AURELIA.

- OLIMPIA. No hay duda; ese hombre está tocado. Verdad es que mi Aurelia tiene más de once años... ¡Ay! ¡demasiado cierto es! ¡Pero suponer que esté en edad de casarse!...
- PETRA. (Trayendo una maleta.) Señora...
- OLIMPIA. ¿Qué?... ¿Qué maleta es esa?
- PETRA. Esta carta se lo dirá usted mejor que yo. (Se la da.) (Huyamos de la nube.) (Entra con la maleta por la primera puerta izquierda, y sale en seguida sin ella, marchándose por el foro izquierda.)
- AUR. (Apareciendo en el foro mientras lee Doña Olimpia.) (Bueno

- será aparentar timidez.)
- OLIMPIA. ¡Despedida mi hija!—¡Aurelia!—Ahora comprendo...—
¡Aurelia! ¿Dónde está esa desdichada?
- AUR. Aquí, mamá.
- OLIMPIA. ¡Despedida! ¡Despedida como una criada! ¿Y aun
tiene usted valor de presentarse ante mí? No reconoz-
co á usted. No es usted mi hija... Usted es una revolu-
cionaria, una demagoga, una anarquista! En su lugar
me estaría muriendo de vergüenza en un rincon de la
cocina.
- AUR. Allí estaba, mamá. (Almorzando.) Pero me has llama-
do, y vine...
- OLIMPIA. (¡Uy! ¡Cuánto ha crecido en estos seis meses! ¡Si Alfre-
do la viese, me creería ridículamente vieja!)
- AUR. Mamita...
- OLIMPIA. Aparte usted.
- AUR. Escúchame sin enfadarte y verás como tengo razon.
- OLIMPIA. ¿Razon? ¡Pues alabo la frescura!
- AUR. Desde hace seis meses te suplicaba en todas mis cartas
que me trajeras á tu lado, y no me hacias caso. Yo que-
ría verte todos los días, á todas horas... te quiero tanto!
- OLIMPIA. (¡Qué mona es! ¡Lástima que sea tan alta!)
- AUR. Me perdonas, ¿verdad? No hablemos ya de ello.
- OLIMPIA. Al contrario: hablemos. Me tienes muy enfadada.
- AUR. Pero mamita...
- OLIMPIA. Vamos, pichona, no seas caprichosa. Hazte cargo de
que tu educacion...
- AUR. Mi educacion está terminada. No me queda nada que
aprender.
- OLIMPIA. ¡Nada que aprender! ¡Qué sabes tú?
- AUR. Auende.

CANTO.

Literatura,
canto y pintura;
sé de memoria
toda la historia.

Yo toco el piano,
hablo italiano,
hablo el francés,
hablo el inglés.

Yo sé las matemáticas
poseo la gramática,
retórica, poética,
é historia natural;
la geografía y física,
la química y botánica,
y á más el nuevo cálculo
sistema decimal.

(Hablado.) Soy maestra en las labores,
en bordado hago primores;
coso á respunte y bainica
en la batista más rica.
Hago flores, bichos, fieras,
y aun angelitos de cera:
y es, en fin, mi ciencia tal,
que no conozco rival.

Literatura, etc.

Y no es tan sólo artística,
científica, política,
moral y filosófica
mi vasta erudicion:
domino por la práctica
la máquina doméstica,
y el arte gastronómico,
con rara perfeccion.

(Hablado.) Hago jaleas, peradas,
guisos, fritos, empanadas,
flanes, ojaladres, natillas,
y jarabes y pastillas.
Sé trinchar á la francesa,
servir el té á la inglesa,

hacer tortillas al ron,
y salsas de cornison.

Literatura, etc.

- OLIMPIA. ¿Sabes todo eso?
- AUR. Sí, mamá; sí, pregunta.
- OLIMPIA. (¡Qué instruida es mi hija! ¡Lástima que sea tan alta!)
- AUR. ¡Ah! También sé bailar la polka, la mazwrka, el scho-tisch, el wals á dos tiempos, la redowa...
- OLIMPIA. ¿Sabes la redowa?
- AUR. Sí, mamá: mira. (La baila tarareando.)
- OLIMPIA. Bien, bien; me la enseñarás. (¡El baile favorito de Alfredo! ¡Es que es monísima! ¡Si tuviera siquiera la cabeza de ménos?)
- AUR. Y bien, ¿te decides á guardarme á tu lado?
- OLIMPIA. ¿Qué he de hacer?
- AUR. ¡Oh, ya sabía yo que me perdonarías!
- OLIMPIA. Pero tendrás que vestirme de otro modo. Quitate ese traje tan feo, y te pondrás inmediatamente el que te iba á mandar para los días de fiesta.
- AUR. ¡Qué gozo! Ya no iré hecha una colegiala! (Váse por la primera puerta de la izquierda y vuelve á su tiempo con un vestido blanco interior, escotado y de mangas y falda cortas, y pantalon.)
- OLIMPIA. ¡Petra! (Aparece.) Tráeme el canastillo que hallarás sobre el confidente de mi tocador. (Váse Petra.) ¡Si estaba vestida en contra del sentido comun!... Yo puedo rejuvenecerla... achicarla...
- PETRA. Aquí está ya, señora.
- OLIMPIA. Bien, véte. (Á Aurelia.) ¡Míralo qué precioso!
- AUR. ¡Si es un tonelete de niña!
- OLIMPIA. Lo que corresponde á tu edad.
- AUR. Mi edad... mi edad... Tengo diez y seis años.
- OLIMPIA. ¿Diez y seis? Creo que te engañas.
- AUR. No, mamá, estoy segura
- OLIMPIA. ¿Querrás saber mejor que yo?...
- AUR. (Arrojando el tonelete.) Yo no me pongo este traje. Hasta

hace un año me lo has hecho gastar, y todo el mundo se burlaba de mí y me llamaban zangolotina.

OLIMPIA. ¡Eh! Simplezas de necios. Vístase usted en seguida.

AUR. ¿Con eso? No, jamás.

OLIMPIA. Que vuelvo á mandarte al colegio.

AUR. Y yo volveré á hacerme expulsar.

OLIMPIA. Pues te quedarás en enaguas y corsé. (Quita la llave de la primera puerta de la izquierda y váse por el foro izquierda.)

AUR. ¡Mamá... por Dios!

OLIMPIA. Nada, nada... No hay escape.

ESCENA VI.

AURELIA y luego PETRA.

AUR. Esto es una broma sin duda. Pero Alfredo va á venir y no puedo recibirle en este traje.

CANTO.

Placeres y ventura
soñaba el alma mía,
y en pena la alegría
trocada miro ya.
Sabrá mi travesura
vencer tan duro empeño:
aquel hermoso sueño
cumplido se verá.

Quiero encajes,
ricos trajes
de brocados
y tisús,
y prendidos
guarnecidos
con vistosos
marabús.
Y diamantes
y brillantes
en pulseras

y collar,
y en las salas
con mis galas
y elegancia
deslumbrar.

HABLADO.

(Gritando.) ¡Mamá, mamá! No, pues parece que va de veras...—Toma, este es el aprecio que hago de tu regalo. (Patea el tonelete, lo tira detrás del biombo y va á forcejear en la primera puerta de la izquierda.) ¡Y ha cerrado esta puerta!... ¡Petra, Petra!

PETRA. ¿Qué quiere usted, señorita?

AUR. ¿Tienes otra llave de ese cuarto?

PETRA. No: ¿para qué?

AUR. Porque mamá ha encerrado en él mi vestido, para obligarme á llevar ese tonelete.

PETRA. ¿Es posible? ¿Y se lo va usted á poner?

AUR. Antes arderá la casa. ¿Pero qué hago? Alfredo no tardará en llegar... Anda á buscar un martillo.

PETRA. Lllaman á la puerta de la escalera secreta.

AUR. ¡Ay, Dios mio! Él es... No abras, Petra.

PETRA. Si he dejado la llave puesta para que no tuviese que meter ruido.

AUR. Siento pasos.

PETRA. Que llega.

AUR. Ya no hay medio. (Se oculta detrás del biombo.)

ESCENA XII.

DICHOS y ALFREDO.

ALF. (Desde la puerta.) ¿Puedo entrar, Petra?

PETRA. Adelante.

AFF. ¿Está usted sola? ¿Y Aurelia?

PETRA. Ha llegado hace poco.

ALF. Advértale usted que la espero. En tanto, para evitar una sorpresa de la mamá, voy á ocultarme detrás de

ese biombo.

PETRA. No vaya usted.

ALF. ¿Hay alguien?

PETRA. La señorita.

ALF. ¿Aurelia está ahí?

PETRA. Sí, señor; vistiéndose.

ALF. ¡Aurelia! ¡Mi querida Aurelia! ¡Si supiera usted cuánto he sufrido durante nuestra separación!

AUR. ¿Pues y yo?

ALF. ¿Pero no sale usted? Dése usted prisa, porque temo en mi impaciencia derribar ese biombo.

AUR. ¡No haga usted tal cosa!

PETRA. La señorita está en enaguas.

ALF. ¿Qué importa?

AUR. ¡Caballero! No permito...

ALF. (Á Petra.) Pues vaya usted corriendo á abrochar el vestido de la señorita.

PETRA. Voy; pero prudencia. (Pasa detrás del biombo.)

AUR. (¡Qué apuro, Dios mio! No puedo decirle lo que ha pasado... Me pondría en ridículo... ¿Qué haré?)

PETRA. (Indicándole la segunda puerta izquierda.) (Márchese usted por ahí... Yo me encargo del resto.)

AUR. (¿Irme sin verle siquiera?...)

ALF. ¿Está ya?

AUR. Todavía no: tiene usted una impaciencia...

ALF. ¿Qué la importuna?

AUR. Mucho.

ALF. Si hubiese podido preveer que su toilette sería un obstáculo para nuestra entrevista, le hubiera ahorrado el fastidio de mi visita... que no prolongaré. Me retiro, señorita. Á los piés de usted.

AUR. Se va enfadado.

PETRA. Llámeme usted.

AUR. ¡Alfredo!

ALF. (¡Me llamas!)

AUR. ¡Amigo mio!...

ALF. (Su amigo!...) Aurelia, ¿me ama usted aún?

- AUR. ¡Que si le amo! Más que á mi vida. (Se sube en una silla y asoma la cabeza por encima del biombo. Aparece en el foro Doña Olimpia, á tiempo que Alfredo besa la mano de Aurelia.)
- PETRA. ¡La señora!
- AUR. ¡Oh, Dios! ¡Mamá! (Desaparece.)

ESCENA VIII.

DICHOS y DOÑA OLIMPIA.

- OLIMPIA. (No, no es un sueño... ¡Todo lo he oído!...)—¡Buenos días, Alfredo! No sabía que hubiese usted llegado ya.
- ALF. En este instante, señora. Me estaba informando de la salud de usted, y Petra me iba á anunciar.
- OLIMPIA. Agradezco la puntualidad. (Petra pasa detrás del biombo y se escapa con Aurelia por la segunda puerta izquierda.)
- ALF. ¡Señora! (Nada ha visto.)
- OLIMPIA. Amigo Alfredo, ruego á usted me dispense por breve rato... tengo aún que hacer ántes de salir... Pronto despacho. Si en el ínterin quiere usted entretenerse en la biblioteca...
- ALF. Con mucho gusto, señora. Allí aguardo sus órdenes. (Váse.)
- OLIMPIA. (Mirando detrás del biombo.) ¡Se ha escapado! Ya me lo figuraba yo.—¡Ay, Alfredo! ¡Qué desengaño! Pero yo me vengaré... quiero que sufra él también.—¡Ah! ¡adornabas la peana por el santo?... ¿Querías á mi hija?... Pues no la tendrás... La casaré... ¿Con quién?... Con cualquiera: no faltará.—¡Aurelia!—La presentaré en la sociedad...—¡Aurelia! Sí, hoy mismo... la llevaré á todas partes...
- AUR. ¿Me llamaste, mamá?
- OLIMPIA. (Sigamos disimulando.) Sí, querida, sí: te he llamado. No te has puesto el vestido que te traje, ¿eh? Has hecho bien. Voy á devolverte el otro; el largo. (Lo saca de donde lo encerró.) He reflexionado despues, y comprendo que con tu educacion no quieras parecer ya una chiquela.
- AUR. (Cogiendo gozosa el vestido.) ¿De veras?

- OLIMPIA. Sí, pichona. Y voy á presentarte en el mundo, porque ya vas estando en edad de casarte.
- AUR. ¡Cómo! ¿Quieres casarme?
- OLIMPIA. ¡Sin duda!
- AUR. ¿Y con quién?
- OLIMPIA. Con... un honrado comerciante.
- AUR. (¡No es con Alfredo!) Mainá, no me gustan los tenderos.
- OLIMPIA. ¡Ya! ¿La señorita querrá por lo ménos un embajador? Vaya usted á vestirse al punto.
- AUR. Voy, mamá. (¡Oh! yo sabré á quién me destina, y... ya veremos.) (Váse por detrás del biombo.)
- OLIMPIA. Por más que me devano los sesos buscando un novio entre mis conocimientos... nada, ninguno se me ocurre. Y yo necesito uno... y pronto, en seguida. Quiero que Alfredo rabie como yo.—Momentos hay en la vida en que se experimenta la necesidad de estrujar algo... (Se sienta sobre el sombrero de D. Emeterio, despues lo coge y estruja con furor.) ¡Ay! ¡Esto desahoga! ¿Pero qué es esto? Sin duda es el sombrero de ese señor que vino...—¡Calla! ¡Magnífico! (Trata de desabollarlo.)

ESCENA IX.

DOÑA OLIMPIA, D. EMETERIO y luego AURELIA.

- EMET. Ruego á usted que dispense, señora...
- OLIMPIA. (Ocultando el sombrero.) ¡Él es!
- EMET. Creo que he olvidado aquí mi sombrero...
- OLIMPIA. Puede ser, caballero... no sé...
- EMET. No es por el valor de un sombrero... pero le tengo ley á ese.
- OLIMPIA. (Alisando el sombrero con la manga.) Aquí lo tiene usted. —Se conoce que ha corrido usted mucho.
- EMET. ¡Bastante!
- AUR. (Apareciendo detrás del biombo.) (Álguien ha entrado.)
- OLIMPIA. ¿En busca de su adorada?
- AUR. (¿Qué dice?)
- EMET. Sí, señora: y lo peor es que nada he adelantado.

- OLIMPIA. ¡Pobre señor! Tome usted asiento.
EMET. (¡Qué amable está ahora!)
AUR. (Si es mi vejete de Valencia.)
OLIMPIA. Y no me ha dicho usted cómo se llama.
EMET. Aurelia.
OLIMPIA. ¿Aurelia? ¡Pues si está aquí!
EMET. ¿Aquí?...
OLIMPIA. Sí: es mi hija.
EMET. ¿La niña de once años?
OLIMPIA. ¡Quiá! Si tiene diez y seis. ¿Creerá usted que me he equivocado yo en cinco años nada ménos?
AUR. (¡Ya!)
EMET. ¿Es posible?
OLIMPIA. En cuanto reconocí mi error, he recordado la proposición que se sirvió usted hacerme, y...
EMET. ¿Y bien, señora?...
OLIMPIA. Será usted bien recibido en mi casa siempre que guste venir á expresar sus tiernos sentimientos.
AUR. (¡Oh! Ahora ya sé lo que tengo que hacer.) (Váse sigilosamente llevándose el tonelete.)
EMET. ¡Señora! La sorpresa... la alegría... me impiden manifestar todo mi agradecimiento. Es tanta mi emoción... que...
OLIMPIA. (Apabullando el sombrero.) ¡Basta, basta!
EMET. ¿Qué tiene usted, señora?
OLIMPIA. No es nada... Los nervios...
EMET. (Queriendo coger su sombrero.) Dispénsese usted. No es por el valor del sombrero... pero...
OLIMPIA. (Alisándolo, pero sin soltarlo.) Tome usted. (Y Alfredo que no sabe...) Caballero, voy con permiso de usted á despachar á un importuno...
EMET. Usted es muy dueña...
OLIMPIA. (¡Cómo rabiará al oír que caso á Aurelia!)
EMET. Creo que se lleva usted mi sombrero, señora.
OLIMPIA. (Dándosele.) ¡Ah, qué distracción!
EMET. No, no es por su valor, pero...
OLIMPIA. Pronto volvió. (Váse por el foro izquierda.)

ESCENA X.

D. EMETERIO y luego OLIMPIA.

EMET. ¡Qué felicidad! La niña me ama, la madre me acepta...
No me falta más que comprar las vistas... ¡Qué felicidad!

CANTO.

Cayó el pez en la red-manga;
¡Qué ganga!
Es mi novia cariñosa
y hermosa.
Voy á ser dichoso con su amor,
sí, señor.
No trocará yo tu amor, mi bien,
por las glorias del eden.

HABLADO.

¡Diantre! me olvidaba que tendré que declarar ese diablo de apellido... Tendré que declarar tambien que tengo un diablo de hijo... ¡un moceton!—¡Bah! No haré esas revelaciones hasta el último momento; despues de tomado el dicho. No pensemos ahora más que en la felicidad.

AUR. (Tarareando dentro.)
Madrugué una mañana
en el mes de Abril;
me encontré una muchacha
como un serafin.

EMET. ¿Es ella quien tararea ese canto de la infancia? (Entra Aurelia por el foro izquierda, vestida de tonelete y haciendo rodar un aro.)

AUR. La dije: chica roja,
¿te quieres venir
á la botillería?
Me dijo que sí.

- EMET. (¡La misma!) Buenos días, señorita.
- AUR. ¡Toma, toma! ¿Usted en Madrid y en mi casa?
- EMET. Sí, señorita.
- AUR. ¿Segun eso conoce usted á mamá?
- EMET. Tengo esa dicha. (Me parece más niña que ántes.)
- AUR. ¡Cuánto me alegro!
- EMET. (¡Se alegra! ¡Qué ganga!)
- AUR. Si supiera usted, señor don .. ¿Cómo se llama usted?
- EMET. Emeterio de la...
- AUR. Pues bien, don Megaterio...
- EMET. Emeterio, hija, Emeterio.
- AUR. ¿Qué más da?—Pues como iba diciendo, cuando nos encontrábamos en paseo...
- EMET. ¿Reparaba usted en mí, eh? (Ya lo sabía yo. ¡Me adora! ¡Qué ganga!)
- AUR. Vaya si reparaba... y me decía, ¡qué bueno debe ser ese señor! Estoy segura de que le gusta jugar con las niñas... Y se me pasaban unas ganas de preguntarle si quería jugar conmigo...
- EMET. ¿De veras? ¡Jugar con usted! ¿eh? (¡Qué ganga!)
- AUR. ¡Qué contenta estoy! ¿Y á qué vamos á jugar, don Megaterio? (Gesto de D. Emeterio.) ¡Ah! voy á enseñarle á usted un juego.—Yo era la Fuencarralera y usted era el borrico... ¿Entiende usted?
- EMET. Corriente. Yo soy el borrico. ¡Já, já, já! (¡Qué ganga!)
- AUR. ¡Caramba! no podemos... Hay que ser tres al ménos.
- EMET. Pues á otra cosa.
- AUR. Juguenos al escordite. Un minuto tengo para esconderme. ¿Qué hora es?
- EMET. (Sacando el reloj.) La una y veinte.
- AUR. ¡Ay, qué reloj tan bonito! ¿Á ver, á ver? Cuando yo era chiquitita creía que había un bicho ahí dentro.—Voy á darle cuerda.
- EMET. ¡Cuidado!
- AUR. (Figurando haber roto el muelle al darle cuerda.) Escuche usted cómo hace... crrrrrac.
- EMET. Sí, sí; crrrrrac. Es que ha roto usted el muelle. (¡Qué

- ganga!)
- AUR. ¡Toma! eso se compone en casa del relojero. No hacen otra cosa todo el día... ¿Quiere usted que saltemos á la cuerda?
- EMET. Debe usted ser muy ligera para que yo pueda competir...
- AUR. Vamos á verlo. ¡Á la comba, á la comba!
- EMET. ¡Á la comba! ¿Y cómo es eso?
- AUR. (Sacando una cuerda de detras del biombo.) Muy fácil. Mire usted. Esta punta se ata aquí. (Al pestillo de la puerta.) Coge usted esta otra y le da vueltas.
- EMET. ¿Así? (Combando rápidamente la cuerda.)
- AUR. Carne.
- EMET. ¿Cómo carne? (Cesando de combars.)
- AUR. Que empiece usted despacio.
- EMET. ¡Ah, ya!... (Creí que era una alusion á mi maldito apellido.) (Vuelve á girar la cuerda.)
- AUR. (Despues de saltar un rato.) ¡Tocino!
- EMET. (Soltando la cuerda.) Qué... ¿qué significa?...
- AUR. Que le diera usted deprisá.
- EMET. ¡Ah! (Este diablo de nombre...)
- AUR. Ahora, usted. Á ver si me gana.
- EMET. Pero, hija, si yo no sé...
- AUR. Pruebe usted y veremos. Voy á contar.
- EMET. (¡Ay, amor, á lo que me obligas!) (Al primer salto se le enreda la cuerda en las piernas y cae.) (¡Qué ganga!)
- AUR. ¡Já, já, já! Hay que levantar más las piernas. Vamos á volver.
- EMET. (Decididamente, es demasiado jóven.) Dispéñeme usted, hija: estoy muy cansado. (Se sienta sobre la labor que Olimpia ha dejado en el sillón, y se levanta en seguida.) ¡AY! ¿Sobre qué me he sentado yo?
- AUR. ¡Sobre el bordado de mamá!
- EMET. (¡Qué ganga!) ¿Por qué no se habrá inventado el bordar sin agujas?
- AUR. Vamos al molino.
- EMET. ¿Voy á ser borrico otra vez?

- AUR. No es eso. Deme usted las manos: así:—Junte usted las puntas de los piés con las mias, eche usted el cuerpo atrás... y hála. (Empiezan á girar con rapidez y Emeterio cae.)
- EMET. (Incorporándose.) ¡Ay! ¡Qué ganga! ¡No hay duda! Es muy niña.)

ESCENA XI.

DICHOS Y DOÑA OLIMPIA.

- OLIMPIA. ¿Qué veo? ¿mi hija?
- AUR. Sí, mamá. Acabo de divertirme muchísimo con el señor: pero no me riñas, que ahora voy á trabajar y á estudiar mucho. Adios, don Megaterio. (Váse cantando.) Á la limon, etc.
- EMET. ¡Uy! ¡Estoy molido, señora! ¿Ha querido usted darme una leccion? Me he convencido plenamente de que su hija es una niña y de que estaba yo loco al pedirla por esposa.
- OLIMPIA. Yo sí que me convenzo de que *esa niña* se ha burlado completamente de usted y de mí.
- EMET. ¡Cómo! Si acaba de conducirse como una chicuela, como una niña de once años.
- OLIMPIA. Pues tiene diez y seis.
- EMET. Antes dijo usted once.
- OLIMPIA. Es que ántes me equivoqué.
- EMET. Yo creo que se equivoca usted ahora.
- OLIMPIA. No, señor.
- EMET. Sí, señora.
- OLIMPIA. Que no.
- EMET. Que sí.
- OLIMPIA. Voy á traer la partida de bautismo para confundirle. (Váse.)
- EMET. Bueno: tráigala usted.—Tú si que vas á quedar confundida: ¡Uf! Me van á volver loco entre la madre y la hija. Pues estaría yo gracioso conduciendo á mi señora al Prado ó á la plaza de Oriente para que se pusiera á jugar en lo rueda de chiquillos.

ESCENA XII.

D. EMETERIO y ALFREDO.

- ALF. La madre me ha despedido, pero yo he vuelto por la escalera secreta. Necesito hablar con Petra. ¡Cielos! Mi padre.
- EMET. ¿Mi hijo aquí?
- ALF. ¿Qué asunto te trae á casa de la señora de Perales?
- EMET. ¿Y á tí?
- ALF. Yo estoy enamorado de su hija á quien conocí en Valencia.
- EMET. ¿De Aurelia?
- ALF. Sí, señor: y en este billete, que hace un momento me ha tirado desde el balcon, me anuncia que su madre quiere casarla con un viejo chocho.
- EMET. ¿Eso te dice?... (¡Un viejo chocho!... ¡Qué ganga!)
- ALF. ¡Lee y verás!
- EMET. (¡Me ha embromado!)
- ALF. ¡Papá! Protégenos: porque si no la obtengo, me muero, y ella se muere tambien.
- EMET. ¡No sería mal negocio para los enterradores!
- ALF. ¿Alguien se acerca. ¿Será Aurelia?
- EMET. No: es su madre, á quien estoy esperando.
- ALF. No quiero que me vea. Háblale en mi favor... procura obtener su consentimiento. (Se oculta detrás del biombo.)
- EMET. (Gran papel estoy haciendo.)

ESCENA XII.

DICHOS y DOÑA OLIMPIA.

- OLIMPIA. Tome usted, caballero, lea usted. (Dándole un papel que le arrebató en seguida.) ¡Oh! no, no: no lo lea usted.
- EMET. ¿Por qué, señora?
- OLIMPIA. (¿Debo enterarle?...) Caballero: le tengo á usted por un hombre de honor. Júreme usted que no revelará á nadie el secreto que encierra este papel. Júremelo.
- EMET. Lo juro.
- OLIMPIA. Sepa usted, pues, que no me llamo la señora de Perales:

nombre que he tomado de una de mis propiedades: porque mi difunto, hombre honrado si los hay, tenía la desgracia de llevar un apellido tan... antipático...

EMET. Compadezco á usted, señora. Es una verdadera desgracia. Aquí donde usted me ve tengo tambien un apellido tan... tan... tan inconveniente...

OLIMPIA. ¡Ah! tambien usted experimenta el peso de tamaño infortunio.

EMET. Y en alto grado, señora; en superlativo grado.—Y me será lícito saber el... el... imprudente apellido de su difunto esposo?

OLIMPIA. Se llamaba... se llamaba... No me atrevo, caballero.

EMET. Valor, señora, valor.

OLIMPIA. Pues bien, se llamaba... Marranillos.

EMET. Más bajo, por Dios, más bajo.

OLIMPIA. ¡Crisanto Marranillos, caballero! Salchichero en Valladolid.

EMET. No grite usted tanto.

OLIMPIA. Tiene usted razon.—Pero extraño el efecto que le produce...

EMET. Pues qué, no me reconoce usted?—¡Ah! es verdad que nunca nos habíamos visto.

OLIMPIA. ¿Pero quién es usted?

EMET. ¿Que quién soy? El hermano de su marido. Emeterio Marranillos.

OLIMPIA. ¡Mas bajo, señor, más bajo! ¡Cómo! ¿es usted el hermano que marchó á América?

EMET. Y que á su vuelta no ha cesado de hacer pesquisas para descubrir el paradero de usted; pero habiendo cambiado de nombre, no era fácil...

OLIMPIA. ¡Querido cuñado!

EMET. ¡Querida hermana! (Se abrazan.) Y yo, que quería casarme con mi sobrina...

OLIMPIA. Y yo que se la daba á usted.

EMET. Era la voz de la naturaleza que me inclinaba á amarla.—No hay nada perdido: que se case con su primo, con mi hijo.

- OLIMPIA. ¿Tiene usted un hijo?
EMET. Sí, Alfredo de la Peña.
OLIMPIA. ¿Qué oigo?
EMET. Yo también mudé de apellido.
OLIMPIA. ¿Conque Alfredo es hijo de usted?
ALF. (Acercándose.) Sí, querida tía.
OLIMPIA. ¡Ay! ¡Cuántas emociones en un día! No puedo más.
ALF. (Conduciéndola á un sillón.) Siéntese usted, tiita, y trate de serenarse. Ya no estará usted enfadada conmigo, ¿verdad?
OLIMPIA. ¡Querido Alfredo! No en balde le veía yo con tanto placer... La voz de la naturaleza... Y mi hija, que aún no sabe...
ALF. Aquí viene.

ESCENA XIV.

DICHOS, AURELIA, en su primer traje y PETRA.

- AUR. ¡Sí, Petra! Me he decidido á volver al colegio. ¡Mamá! Ya estoy dispuesta á marchar.
OLIMPIA. Es inútil, ángel mio; acabo de conceder tu mano á Alfredo.
AUR. ¿Será cierto?
ALF. Sí, prima mía.
AUR. ¡Su prima!
EMET. Sí, sobrina!
AUR. ¡Su sobrina!
OLIMPIA. Ya te lo explicaré despacio. Consagremos los primeros momentos al júbilo no más.

CANTO.

PETRA.	AUR., ALF., OLIMPIA y EMET.
Ya se están arrullando cual tortolillos: ¿quién ha visto arrullarse los Marranillos?	Pues que la Providencia nos ha reunido, límite ya no tenga nuestro cariño.

FIN DE LA ZARZUELA.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.º DE ENERO DE 1874.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
He matado al Mandarin.....	1	E. Zumel.....	Todo.
El honor.....	3	R. de Campoamor.....	»
Blanca Blandini.....	4	E. Zumel.....	»
ZARZUELAS.			
Dos telégramas,	1	Portero y Segura.....	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los correspondientes de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

CANTO.

Ya se están arruinando cual tortolillo.	¡Oh, al tiempo y en el Pues que la Providencia sea la que decide.
¡Quien se visto arruinado las Mariposas!	¡Santo ya no tiene nuestro canto!

FIN DE LA MARXURIA